

San Pablo y la vocación del intelectual en el mundo de hoy

I. *Ni irracionalismo, ni racionalismo.*

Entre los escritos del poeta francés Carlos Baudelaire, hay algunos versos de amor a la mentira y fuga de la verdad. Por eso hablando de la Noche, encuentra que es poco negra; le gustaría más sin estrellas:

¡Cómo me gustaría, Noche, sin tus estrellas
cuyos fulgores tienen un hablar conocido!
Pues busco lo vacío y lo entenebrecido.

Estas palabras de Baudelaire parecen un eco de las de Nietzsche: «pereat veritas, fiat vita!». Así finge a su héroe Zarathustra, prototipo del futuro superhombre, como violento y mendaz. Sólo aprecia la verdad, Nietzsche, como medio de poder o de dominación, tan aceptable como la mentira, cuando es ésta la que sirve al poder o a dominar: Maquiavelo, César Borgia.

Frente a este sordo clamor de fuga de la verdad, hasta la aversión a ella, culto al engaño y a la ficción, hay en el extremo opuesto, realmente tan opuesto, que por lo mismo le resulta afín (como dos contrarias pueden ser simultáneamente falsas) otro clamor, el del que sólo admitiría verdad sin oscuridad, es decir, si su objeto fuera siempre palpable, intuible sensiblemente, así como una demostración matemática, arrebatara el asentimiento sin esfuerzo ni sacrificio.

Por ejemplo Ingmar Bergman en su película «El séptimo sello» pone en boca de su protagonista, el Caballero, cuando dialoga en confesión con la Muerte, un reflejo de este afán de palpar a Dios y suprimir con ello el doloroso someterse al testimonio de la Fe, sobre el más allá de la vida presente:

Caballero: Deseo saber qué hay después.

Muerte: Buscas garantías de...

Caballero: Llámalo como quieras. ¿Por qué la cruel imposibilidad de alcanzar a Dios con nuestros sentidos? ¿Por qué se nos esconde en una oscura nebulosa de promesas que no hemos oído y de milagros que no hemos visto?

Puede quizá hallarse exacerbada en algunos aspectos de nuestro mundo de hoy esta íntima tragedia del hombre, pero fundamentalmente se ha hallado siempre en el pasado y se hallará en el futuro, porque la búsqueda de la verdad, como también su descubrimiento, su aceptación y la conformidad de la conducta a ella, forman parte de la misma prueba que es la vida del hombre en este mundo. Dios ha dispuesto que el hombre pueda hallar la verdad si la busca debidamente, pero de suerte que no se le imponga por sí misma, antes deje margen para que la fe pueda ser meritoria.

Por esto enseñó el Concilio Vaticano 1.º que hasta refiriéndonos a las verdades cuyo conocimiento y demostración no rebasa la zona de una conclusión filosófica, sin embargo, dada la gran dificultad que halla el hombre caído, es moralmente imposible que «todos», «con facilidad», «con firme certeza» y además «sin mezcla de error» hallen toda la verdad racional (1). La Revelación es una preciosa ayuda extrínseca para ella, es decir, de orden psicológico (semejante a la autoridad del maestro para que el alumno «vea» la demostración escolar, o a la autoridad del guía para que el caminante llegue sin rodeos): esta ayuda hace que sea moralmente posible aquello que antes era físicamente posible, pero moralmente imposible. De modo semejante a como es al hombre moralmente imposible guardar toda la ley natural por mucho tiempo sin la gracia.

Hay, pues, un interesantísimo paralelismo en la paradoja de que así como la gracia, dándose *por gracia* (es decir, no como algo que es *debido*), sin embargo repercute de rechazo hasta en el ennoblecimiento del hombre mirado *como hombre*, de modo semejante en orden inverso, para que el hombre halle «bien» la verdad que necesita, de hecho no puede quedarse en una zona meramente especulativa o natural, sino que ha de llegar a la plenitud de ella por la consecución de la verdad que es su salvación, como dice San Pablo (2), ya que sólo por la Fe puede salvarse (3).

Por lo tanto un filósofo pagano que hoy busque la verdad, *de hecho* ha de «orar», ha de «colaborar» tomando una conducta

(1) Denz. (ed Barcinone 1955) n.º 1786.

(2) 1 Tim 2, 4.

(3) Heb 11, 6; Gal 2, 16.

conforme a conciencia, ha de ser «humilde» para no oponer obstáculos a la llamada de arriba.

Podríamos expresar estos hechos con una triple paradoja, que podríamos formular así:

- 1.ª los hombres, siendo capaces de la verdad, no han poseído plenamente la verdad;
- 2.ª siendo capaces de la sabiduría, no han hallado la verdadera sabiduría.
- 3.ª siendo la verdad a que aspiramos el mismo Dios, no la hallamos sino en Dios.

Esta triple paradoja, alma de la misión del intelectual de hoy, está estupendamente plasmada en las palabras de San Pablo, que por ello ocupa con todo derecho un puesto destacado al señalar la misión del intelectual de hoy día.

II. *Siendo capaces de la verdad, no han poseído plenamente la verdad.*

El sitio en que más claramente plantea San Pablo esta paradoja, tan sumamente iluminadora, está en su carta a los Romanos.

Dice así el texto: «oprimen la verdad con la injusticia. Pues lo que se conoce de Dios se halla claro en ellos, ya que Dios se lo manifestó. Porque los atributos invisibles de Dios resultan visibles por la creación del mundo, al ser percibidos por la inteligencia en sus hechuras: tanto su eterna potencia, como su divinidad; de suerte que son inexcusables. Por cuanto, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le hicieron gracias, antes se desvanecieron en sus pensamientos y se entenebreció su insensato corazón. Alardeando de sabios, se embrutecieron; y trocaron la gloria de Dios inmortal por un simulacro de imagen de hombre corruptible, y de volátiles, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Por lo cual los entregó Dios en manos de las concupiscencias de sus corazones, dejándolos ir tras la torpeza hasta afrentar entre sí sus propios cuerpos; a ellos, que trocaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y rindieron culto a la criatura antes que al Criador, el cual es bendito por los siglos. Amén» (4).

Todavía completa este cuadro enlazando más la relación que media entre conocimiento y conducta: «Y como ellos no tuvieron a bien tener de Dios cabal conocimiento, entrególos Dios en manos de una mentalidad réproba, de manera que hiciesen lo que no cumplía» (5).

Por una parte queda claramente afirmado que tienen en la luz de la razón natural el poder de rastrear a Dios, como se rastrea

(4) Rom 1, 18-25.

(5) Rom 1, 28.

la causa por sus efectos; y el poder de conocer por la ley escrita en sus corazones, la ley eterna de Dios: pero por otro lado, que hay una innegable interacción entre desviación de conducta y desviación del conocimiento, como la hay entre desviación del conocimiento y de la conducta.

Pues «los atributos invisibles de Dios resultan visibles por la creación del mundo, al ser percibidos por la inteligencia en sus hechuras» y precisamente por esto afirma que tales paganos «son inexcusables»; pero por otro lado, de hecho por el camino de la mera razón no llegaron: habiéndolo conocido, no lo reconocieron: «habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios»; de donde la paradoja del *sabio insipiente*: «alardeando de sabios se embrutecieron», «trocaron la *verdad* de Dios por la *mentira* y adoraron y rindieron culto a la criatura antes que al Criador».

Con frecuencia los falsos dioses, los ídolos, son llamados «engañó», «mentira». El idólatra, según Isaías, «apacientase de cenizas; un corazón engañado le ha seducido» (6); y el Señor dice al idólatra por Jeremías: «te has olvidado de mí y has confiado en la mentira» (7); mientras el converso repite: «sólo mentira heredaron nuestros padres, vanidad y cosa que de nada sirve» (8).

Pero había realmente en los hombres la capacidad de conocer no sólo a Dios, sino también sus mandamientos: «quienes, conociendo el justo decreto de Dios, que los que tales cosas hacen son dignos de muerte, no solamente las hacen ellos, mas aun dan plácemes a los que las hacen» (9). Los exegetas antiguos con frecuencia citaban aquí a los sabios y filósofos de la antigüedad: por ejemplo a Solón el legislador, que sólo prohibía la sodomía y pederastia a los esclavos, pero a los libres, como a superiores, se la permitía, suponiendo implícitamente con ello, que era algo bueno; citan también algunas páginas de Platón. Pero si pueden tomarse los antiguos sabios y filósofos como muestra de este fracaso de la sabiduría humana, no se restringe ciertamente a ellos solos el pensamiento de Pablo, antes habla de un modo universal, como es universal en todos los hombres el poder reconocer la ley divina grabada en su corazón, cuya prosecución les habría llevado al bien: «Pues, cuando los gentiles que no tienen ley, guiados por la naturaleza obran los dictámenes de la ley, éstos sin tener ley, para sí mismos son ley; como quienes muestran tener la obra de la ley escrita en sus corazones, por cuanto su conciencia da juntamente testimonio, y sus pensamientos, litigando unos con otros, ora acusan, ora también defienden, cual se descubrirá en el día que juzgará Dios los secretos de los hombres» (10).

(6) Is 44, 20.

(7) Jer 13, 25.

(8) Jer 16, 19-20.

(9) Rom 1, 32.

(10) Rom 2, 14-16.

Pocos años antes, estando en Atenas, precisamente echó mano, Pablo, de esta posibilidad natural que tienen los hombres, a fin de llevarlos a la revelación y a lo sobrenatural: «me encontré con un ara, en la cual se leía esta inscripción: *Al Dios desconocido*. Lo que, pues, sin conocerlo veneráis, esto os anuncio yo. El Dios que hizo el mundo y todo cuanto hay en él, éste, que es el Señor de cielo y tierra, no tiene su habitación en templos fabricados, ni es servido de manos humanas, como si de algo necesitara, él que a todos da vida, respiración y todas las cosas; e hizo, procedentes de uno solo, toda la raza de hombres, destinados a habitar sobre toda la haz de la tierra (habiendo establecido fijamente los tiempos y los linderos de su habitación) con el fin de que buscasen a Dios, si es que por ventura le buscaban a tientas y le hallaban» (11), pues El «dará a cada uno el pago conforme a sus obras: a los que con la perseverancia del bien obrar buscan gloria y honor e inmortalidad, vida eterna; mas para los amigos de porfía y que, rebeldes a la verdad, se rinden a la injusticia, ira e indignación» (12).

Sin embargo, Pablo comprobó de nuevo en el paganismo, la incapacidad de hecho, en reconocer lo que de derecho podían conocer. Es la interacción entendimiento-voluntad, o sabiduría-conducta, como escribió poco después a los de Efeso: «no andéis ya como andan los gentiles, en la vanidad de su mente, que tienen entenebrecido el entendimiento, ajenos completamente a la vida de Dios, por la ignorancia en que se hallan, por el encallecimiento de su corazón; los cuales, perdida toda sensibilidad moral, se entregaron a la disolución para obrar toda impureza a impulsos de la concupiscencia» (13). El mismo Pablo durante su prisión en Cesarea, ante el Procurador Félix, liberto y también libertino, que pecaba contra la justicia y contra la castidad, pues era ladrón y adúltero (según consta también de otros testimonios extrabíblicos) había podido observar que cuando hablaba con él «sobre la justicia, la continencia y el juicio venidero, aterrorizado Félix, respondió: Por ahora puedes irte; así que logre alguna buena ocasión, te haré llamar» (14), lo cual suponía que había en su corazón un atisbo por lo menos de la verdad, un cierto conocimiento de su obligación, puesto que la exposición de esta verdad y del merecimiento, le aterrorizaba; sin embargo su misma conducta lo tenía atenazado para que no la reconociese y así quedase alejado de ella, sin poseerla.

Tampoco excusa a los incrédulos que hagan el mal ocultamente, antes el mismo hecho de ocultarlo los pone al descubier-

(11) Act 17, 23-27.

(12) Rom 2, 6-7.

(13) Ef 4, 17-19.

(14) Act 24, 25.

to: «pues las cosas que ellos ocultamente hacen, vergüenza es aun decirlas. Y todas esas cosas, al ser desenmascaradas, son manifestadas por la luz; que todo lo que se manifiesta, luz es» (15), de suerte que también aquí observa el doble binomio que es por un lado el tener *mala conducta* con tener *entenebrecido* el entendimiento; y por otro, *buena conducta* con ser *sabio*: «mirad, pues, con gran circunspección cómo andáis, no como necios, sino como sabios» (16); pues en los gentiles se da conjuntamente, el proceder a merced de la concupiscencia y el no conocer a Dios (17).

Concluamos el examen de esta primera doctrina de San Pablo: siendo capaces de hallar la verdad, de hecho no hallaron plenamente la verdad, porque se dejaron arrastrar por las concupiscencias del pecado que entenebrece el entendimiento; y viceversa, por caer en la idolatría que no reconoce a Dios, cayeron en mayores culpas morales; como al contrario, guardándose del mal proceder, se acercarían al camino de la verdad.

En este punto San Pablo es también un maravilloso doctor para los intelectuales de hoy, al enseñarles que no han de desconfiar del *recto alcance* de la razón para hallar a Dios y su ley, sino que han de desconfiar de que *baste* la razón: se requiere también el recto proceder, aunque para éste a su vez esté requerida la fidelidad a la primera luz recibida y la imploración de la ayuda de Dios.

Esto es lo que hemos de decir al intelectual de hoy: que no caiga en el irracionalismo, al descubrir toda la debilidad que hay en la razón humana; sino que complete, al revés, esta razón, y la eleve mediante la ayuda superior a la razón que nos ha venido por la gracia de Jesucristo.

III. *Siendo capaces de la sabiduría, no han hallado la verdadera sabiduría.*

Este otro tema paulino, segundo de los que hemos anunciado al principio, es desarrollado por él con especial detenimiento en la primera carta a los Corintios.

Si en el texto de la carta a los Romanos destacábamos la paradoja radicada en la conexión entre «conocimiento y buen proceder» por un lado, y «desconocimiento y mal proceder» por otro, ahora en cambio pondremos en relieve otra paradoja: «*sabiduría* del mundo — que en realidad es *necedad*», pues no capta las cosas de Dios, y «*sabiduría* dispuesta por Dios para captarlas — que en realidad es *necedad* a los ojos del mundo».

(15) Ef 5, 12-13.

(16) Ef 5, 15.

(17) 1 Tes 4, 5.

Veamos el núcleo principal de este texto paulino: «Que no me envió Cristo a bautizar, sino a evangelizar; no con sabiduría de palabras, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo. Pues la palabra de la cruz, para los que perecen es una insensatez; mas para los que se salvan, para nosotros, es una fuerza de Dios. Porque escrito está [Is. 19, 11-14]: *Arruinaré la sabiduría de los sabios, y la inteligencia de los inteligentes anularé. ¿Dónde está el sabio? ¿dónde el escriba? ¿dónde el disputador de este mundo? ¿por ventura no atontó Dios la sabiduría de este mundo?* Que, pues en la sabiduría de Dios no conoció el mundo a Dios por el camino de la sabiduría, tuvo a bien Dios por la necedad de la predicación salvar a los creyentes. Puesto que los judíos por su parte demandan señales, y los griegos por la suya buscan sabiduría; mas nosotros predicamos un Cristo crucificado: para los judíos, escándalo; para los gentiles, necedad; mas para los mismos que han sido llamados, así judíos como griegos, un Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo flaco de Dios, más fuerte que los hombres. Porque mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados. Que no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes lo necio del mundo se escogió Dios, para confundir a los sabios; y lo débil del mundo se escogió Dios, para confundir lo fuerte; y lo vil del mundo y lo tenido en nada se escogió Dios, lo que no es, para anular lo que es; a fin de que no se gloríe mortal alguno en el acatamiento de Dios. De él os viene lo que vosotros sois en Cristo Jesús, el cual fue hecho por Dios para nosotros sabiduría, como también justicia, santificación y redención, para que, según está escrito, el que se gloria gloríese en el Señor [Jer 9,23]. Y yo, venido a vosotros, hermanos, vine no con supereminencia de palabra o de sabiduría al anunciaros el misterio de Dios. Porque resolví no saber cosa entre vosotros, sino a Jesucristo y éste crucificado. Y yo me presenté ante vosotros con sensación de impotencia, y con miedo, y con mucho temblor; y mi palabra y mi predicación no fue con persuasivas palabras de sabiduría, sino con demostración de Espíritu y de fuerza; para que vuestra fe no estribe en sabiduría de hombres, sino en la fuerza de Dios. Sabiduría, sí, hablamos entre los perfectos; sabiduría, empero, no de este mundo, ni de los jefes de este mundo, condenados a perecer; sino que hablamos sabiduría de Dios, encerrada en el misterio, la escondida, la que predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra; la cual ninguno de los jefes de este mundo conoció, que, si la conocieran, jamás al Señor de la gloria crucificaran» (18); «Mas nosotros recibimos no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios graciosa-

(18) 1 Cor 1, 17-31; 2, 1-8.

mente nos dio, las cuales asimismo hablamos no con aprendidas palabras de sabiduría humana, sino con las aprendidas del Espíritu, adaptando lo espiritual a lo espiritual. Mas el hombre animal no entiende las cosas del Espíritu de Dios, pues son necedad para El; ni es capaz de entenderlas, como que sólo espiritualmente se disciernen» (10); «nadie a sí mismo se engañe. Si alguno entre vosotros piensa ser sabio en este mundo, necedad es a los ojos de Dios. Que escrito está: *Prende a los sabios en su propia astucia* [Job 5, 13]. Y otra vez: *El Señor conoce los pensamientos de los sabios cuán vanos son* [Sal 93, 11]» (20).

La paradoja que nos presentaba el pasaje de la carta a los Romanos podría formularse diciendo que en el hombre hay una «capacidad incapaz», es decir, posibilidad física (para conocer a Dios y obrar según la ley moral que acompaña a este conocimiento) con una imposibilidad moral (para conocer todo el conjunto de verdades que atañen a Dios, con facilidad, sin mezcla de error y también para guardar toda la ley moral en el conjunto del tiempo).

También la paradoja de la carta a los Corintios podría formularse diciendo que la «sabiduría humana» resulta «necedad ante Dios» y «la sabiduría ante Dios» es «necedad humana».

Es para los hombres una necedad querer salvar al mundo con la debilidad y fracaso de la cruz; es una necedad pretender convertirlo con la predicación de esta debilidad y fracaso; pero esto es precisamente lo que la sabiduría de Dios ha dispuesto. Así como la elocuencia y la ciencia es lo que la sabiduría humana admitiría como medio adecuado para difundir el Evangelio, pero este procedimiento si se toma «soló», es decir, como el proporcionado, es necedad ante Dios.

A lo largo de toda la exposición paulina hay una constante conjugación y oposición de dos términos antitéticos, que forman el nervio de su pensamiento: «sabiduría de la palabra — cruz de Cristo»; «cruz de Cristo tenida por los hombres como insensatez — para nosotros como fuerza de Dios»; quien quiera «ser sabio», éste «hágase necio para que se haga sabio».

Es la divina paradoja de los caminos de Dios, proclamada por Isaías: «mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestras sendas las mías, afirma Yahveh; tanto como los cielos superan en elevación a la tierra, así mis caminos son más elevados que vuestros caminos» (21).

Esta antítesis se hace más patente al examinar qué es lo que reclamaban los judíos, según su sabiduría humana, para poder reconocer a Cristo como Mesías, y qué reclamaban por su parte los griegos o gentiles para tenerlo por tal, según su ciencia:

(19) 1 Cor 2, 12-14.

(20) 1 Cor 3, 18-20.

(21) Is 55, 8-9.

frente a ambos grupos, qué es lo que les ofrecía la sabiduría de Dios: «Puesto que los judíos por su parte demandan señales y los griegos por la suya buscan sabiduría; mas nosotros predicamos un Cristo crucificado: para los judíos, escándalo; para los gentiles, necedad; mas para los mismos que han sido llamados, así judíos como griegos, un Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios».

Efectivamente los judíos querían ver la señal del mesías de un modo ostentoso, como bajando del cielo. Quizá este era el sentido de la tentación de Satanás (22) invitando a Jesús a echarse desde el alero del templo; podía haber quizá en esta mentalidad una interpretación demasiado literal de algunos textos proféticos (23), porque nos refiere San Marcos: «salieron los fariseos y comenzaron a discutir con él, demandando de él alguna señal procedente del cielo» (24), que El les niega: «en verdad os digo, no se dará señal a esa generación»; pero esta negativa se refería sólo a esa exigencia que parecía querer prescribir a Dios los caminos de la sabiduría: en realidad les ofreció una señal, un milagro pero otro, el de su resurrección, prenunciada por su tipo bíblico, Jonás (25); «le dijeron: ¿qué señal, pues, haces tú para que lo veamos y creamos en ti? ¿cuál es tu obra?»; a los cuales contesta el Señor: «no fue Moisés quien os dio el pan bajado del cielo, sino mi Padre es quien os da el pan verdadero, que viene del cielo» (26). No es que el Señor no les quisiera dar una señal de su legación con los milagros (entonces precisamente acababa de hacer uno: la multiplicación de los panes) sino que ellos exigían que fuese una señal tal como ellos en su pobre sabiduría humana creían poder exigir, por ejemplo que aquellos panes bajasen del cielo, al modo del maná. Ante esta exigencia de la sabiduría humana, el Señor se niega a acomodarse a ella: ante Dios esta pobre sabiduría es necedad. Será otra la señal que les ofrecerá la sabiduría de Dios: el milagro de la resurrección, el cual no quitará la humillación de la cruz, pues «nosotros predicamos un Cristo crucificado, para los judíos escándalo», pero según el plan divino fuerza de Dios y sabiduría de Dios (27).

Los gentiles por su parte exigían su propia sabiduría: la elocuencia de la palabra, la ciencia de su filosofía. Precisamente Pablo había hecho experiencia de los límites de esta hinchada sabiduría: en Atenas había tenido que enfrentarse con filósofos

(22) Mt 4, 5-6; Lc 4, 9-10.

(23) Nm 24, 17; Jl 2, 30.

(24) Mc 8, 11.

(25) Mt 12, 39-40; Lc 11, 29-30.

(26) Jn 6, 30.

(27) Jn 3, 14; 12, 31-33.

epicúreos y con estoicos (28). Pero esta sabiduría humana forzosamente había de chocar con la sabiduría divina: porque la filosofía griega era finitista, por tanto si el Principio ordenador del cosmos era finito, su acción no era creación «ex nihilo», sino que se ejercía sobre una materia preexistente educiendo de ella formas, por tanto su poder se limitaba a lo que vemos constantemente en el proceso del mundo: para los estoicos su dios era immanente al cosmos y los epicúreos eran materialistas: por tanto ni unos ni otros podían admitir la idea de resurrección.

Ahora bien, precisamente en Atenas saltó la chispa de la curiosidad acerca de Pablo «porque les anunciaba a Jesús y la resurrección» (29). La doctrina de que Jesús había muerto según las Escrituras para redimirnos así del pecado, y que había resucitado, era por otra parte una idea central en la predicación de Pablo (30). Por esto en Atenas, estoicos y epicúreos llegaron a escuchar el anuncio de «Dios hacedor de todo el mundo, Señor de cielo y tierra» (también lo admitían los judíos anteriores al cristianismo) pero «en cuanto oyeron *resurrección de muertos*, unos se burlaban, otros dijeron: Te oiremos hablar de esto otra vez» (31) y se fueron.

Para Pablo en cambio, era patente la omnipotencia de Dios, no sólo como judío, sino también como cristiano (32); más aún, veía en la resurrección de Jesús precisamente una palpable muestra de este poder de Dios (33), como también en los carismas del Espíritu Santo (34); por esto ¿qué dificultad podía haber en admitir el hecho de la resurrección? Este fue el nudo de su defensa en el proceso ante el Procurador Festo y el rey Agripa: «¿Por qué entre vosotros se juzga increíble el que Dios resucite los muertos?» (35); más aún, así había sido anunciado siglos antes por Moisés y los Profetas: «que el Mesías estaría sujeto a padecimientos; que resucitado el primero de entre los muertos había de anunciar la luz» (36); pero así como la reacción de los filósofos atenienses al hablar de resurrección había sido la de burlarse y dejarlo para otro día, así la del rey Agripa fue decirle que estaba loco. No era esta la sabiduría mundana de la ciencia, pero era la sabiduría mundana del hombre de gobierno, prudente y práctico. La reacción de Pablo fue no limitarse a los

(28) Act 17, 18.

(29) Ibid.

(30) 1 Cor 15, 3-4; 2 Cor 4, 14; 5, 15; Flp 3, 10; 1 Tes 4, 14; Rom 8, 11; Act 23, 6; 24, 21; 25, 19.

(31) Act 17, 32.

(32) Lc 1, 37.

(33) Flp 3, 10.

(34) 1 Cor 12, 11; 2, 4.

(35) Act 26, 8.

(36) Act 26, 23.

anuncios proféticos, sino remitirse a los hechos, que como hechos eran bien comprobables y hubieran podido tener más valor para la mentalidad de un hombre con cultura romana y jurídica: «no me persuado que nada de esto se le oculte, dado que no se ha realizado esto en ningún rincón» (37).

Por tanto, «puesto que en la sabiduría de Dios no conocio el mundo a Dios por el camino de la sabiduría, tuvo a bien Dios por la necesidad de la predicación salvar a los creyentes» (38), predicación de la muerte redentora en cruz y de la resurrección, que resulta «escándalo» y «necedad» a los que creen poseer la sabiduría según el mundo, pero para los llamados por Dios «un Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios, pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo flaco de Dios más fuerte que los hombres» (39).

También era sabiduría humana la que hubiera querido librar a Jerusalén sitiada por las tropas asirias de Senaquerib siete siglos antes de Cristo, mediante alianzas egipcias o entregando a al asirio; pero Isaías opone a «la sabiduría de sus sabios» el fracaso ante el poder de Dios (40), como también a la sabiduría de los egipcios (41).

No era, pues, la soberbia de la sabiduría humana la que había de tomar el apóstol para iluminar a los que habían de creer para alcanzar «el pleno conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual» (42); por ello exhorta a los filósofos, por quienes sufrió, a que alcancen «toda la riqueza de la plena convicción de la inteligencia, hasta llegar a un pleno conocimiento del misterio de Dios, Cristo, en el cual se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos» (43); y «nadie os seduzca con falsas razones propuestas con persuasiva elocuencia» (44): «mirad no haya quien os coja como presa por medio de la filosofía y vana falacia» (45), pues al bautizarse fueron «sepultados con él, en el cual fuisteis también juntamente resucitados mediante la fe en la poderosa acción de Dios, que le resucitó a él de entre los muertos» (46): en la aparente debilidad de la cruz, había «la poderosa acción de Dios que le resucitó»; en la debilidad había fuerza, en la necedad había sabiduría.

Tampoco era la «mera» lectura de las escrituras la que podía

(37) Act 26, 26.

(38) 1 Cor 1, 21.

(39) 1 Cor 1, 24-25; cfr. 1 Pe 2, 8.

(40) Is 29, 14.

(41) 1 Cor 1, 19 citando a Is 19, 11-14.

(42) Col 1, 9.

(43) Col 1, 2-3.

(44) Col 1, 4.

(45) Col 1, 8.

(46) Col 1, 12.

darles la divina sabiduría, pues «los habitantes de Jerusalén y sus jefes, desconociendo a éste y también las voces de los profetas que cada sábado se leen, al condenarle a él cumplieron éstas» (47); «mas se embotaron sus inteligencias. Porque hasta el día de hoy en la lectura del Antiguo Testamento perdura el mismo velo, sin removerse, porque sólo en Cristo desaparece. Mas hasta hoy, siempre que es leído Moisés, un velo está puesto sobre el corazón de ellos» (48), hasta que se quite conforme «a como obra el Espíritu del Señor» (49). Y así les habló Pablo: «Mas nosotros recibimos no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios graciosamente nos dio, las cuales asimismo hablamos no con aprendidas palabras de sabiduría humana, sino con las aprendidas del Espíritu, adaptando lo espiritual a lo espiritual. Mas el hombre animal no coge las cosas del Espíritu de Dios, pues son necedad para él; ni es capaz de entenderlas pues sólo espiritualmente se disciernen» (50).

Estas ideas paulinas parecen un eco de las palabras del Señor: «Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque encubriste esas cosas a los sabios y prudentes y las descubriste a los pequeñuelos» (51).

IV. *Siendo la verdad a que aspiramos el mismo Dios, no la llamamos sino en Dios.*

El nombre con que Dios se designó a sí mismo es «el que Es»: «Yo soy el que soy. Y añadió: Así dirás a los israelitas: Yo soy me ha enviado a vosotros» (52). Frente a este nombre que suscita la idea de la plenitud del Ser, de modo que todas las naciones ante El son «como si no fueran nada» (53), siéndolo El todo (54), y por esto firme e incommovible, pues es el que era, es y será (55), frente a El, su enemigo, la bestia que lucha contra El, tiene un ser efímero, que va a la perdición, su ser es un «era y ya no es», pues se la llama «era y no es» (56).

Por esto la predicación de la verdad de Jesús no es verdad inestable y movediza: «fiel es Dios que nuestra palabra pro-

(47) Act 13, 27.

(48) 2 Cor 3, 14-15; cfr. 4, 4.

(49) 2 Cor 3, 18.

(50) 1 Cor 2, 12-14.

(51) Mt 11, 25; Lc 10, 21.

(52) Ex 2, 15.

(53) Is 40, 17; Dan 4, 32.

(54) Eclo 43, 27-28.

(55) Ap 11, 17; 4, 8.

(56) Ap 17, 8, 11.

puesta a vosotros no es *Sí* y *No*. Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, el que entre vosotros fue por nosotros predicado, por mí, por Silvano y por Timoteo, no resultó *Sí* y *No*, antes *Sí* en él se ha verificado. Porque cuantas promesas hay en Dios, en El son el *Sí*» (57).

Nuestros intelectuales de hoy padecen una gran crisis en la verdad, que querrían movediza, cambiante, relativista, como si todo fuera verdadero. Para ellos es interesantísima la exhortación de Pablo a que aspiren a la verdadera sabiduría, no dando oídos a fábulas y preceptos de hombres (58), antes perseverando en la verdad predicada, que es absolutamente inmutable: «aun cuando nosotros o un ángel bajado del cielo os anuncie un Evangelio fuera del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes lo tenemos dicho, ahora también lo digo de nuevo: si alguno os anuncia un Evangelio diferente del que recibisteis, sea anatema» (59).

Pero la sabiduría que hay en tal verdad no es un evangelio «conforme al gusto de los hombres; pues yo no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo» (60); «Por eso también nosotros hacemos gracias a Dios incesantemente de que habiendo recibido vosotros la palabra de Dios, que de nosotros oísteis, la abrazasteis no como palabra de hombres, sino tal cual es verdaderamente, como palabra de Dios, la cual ejerce su eficacia en vosotros los creyentes» (61), como era patente en los carismas del Espíritu Santo, que según decía a los gálatas no habían recibido en virtud de sus obras sino por la gracia de la predicación.

Por esto la predicación de Pablo no puso su eficacia en la sabiduría elocuente: «mi predicación no fue con persuasivas palabras de sabiduría, sino con demostraciones de Espíritu y de fuerza; para que vuestra fe no estribe en sabiduría de hombres, sino en la fuerza de Dios» (62) cuyo fundamento «se mantiene firme» (63), no como el de quienes alardean con «vana palabrería pretendiendo ser doctores de la ley» (64); pues la verdad no está fundada en la palabrería inflada de los hombres, sino en el poder de Dios, en su eficiencia (65), pues es Dios quien ha de conceder «espíritu de sabiduría y de revelación con pleno conocimiento de El», conociendo así «la sobrepujante grandeza de su

(57) 2 Cor 1, 18-20.

(58) Tit 1, 14.

(59) Gal 1, 8-9.

(60) Gal 1, 11-12.

(61) 1 Tes 2, 13; cfr. 2 Tim 2, 14-17.

(62) 1 Cor 2, 4.

(63) 2 Tim 2, 19.

(64) 1 Tim 1, 6-7.

(65) 1 Cor 4, 19-20.

poder para con nosotros los creyentes, según la energía de la potencia de su fuerza, que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos» (66), de suerte que les pudo decir: «las señales del apóstol se verificaron entre vosotros con una constancia a toda prueba, con señales y portentos y milagros» (67).

No obstante esta verdad no es la evidencia de la *mera visión* de un objeto sensible o palpable, sino de Fe (68); y así se manifiesta más en nosotros el poder de Dios (69), pues esperamos sin tenerlo al ojo, y por ello el Espíritu Santo nos enseña a orar (70).

V. Pablo, apóstol de hoy.

Como indicábamos al principio, nuestros intelectuales pasan con frecuencia de un extremo a otro: a veces confían tanto en la razón humana, confían tanto en la absoluta claridad de los sentidos y en la evidencia matemática, que quisieran cortar según el patrón de esta sabiduría humana la que hace falta para poseer las cosas de Dios; y como no son estos los planes de la sabiduría divina (que ha hecho que la Fe sea meritoria, y por tanto, también dependiendo de la recta voluntad, de la recta conducta, de la oración humilde) entonces, al advertir su fracaso, saltan al extremo opuesto que es el de un irracionalismo angustiado.

Pablo, apóstol de Jesucristo, puede enseñarles, como enseñó hace veinte siglos a los hombres que le oían, que hay una innegable conexión entre sabiduría y conducta buena, de modo que rebelándose contra esta exigencia, la sabiduría humana se hace ciega: «amaron los hombres más las tinieblas que la luz, porque eran malas sus obras; mas el que obra la verdad, viene a la luz, para que se manifiesten sus obras como hechas en Dios» (71), según leemos en San Juan. Y también: «quien quisiera *cumplir* su voluntad, este *conocerá* si mi doctrina es de Dios» (72).

Cuando el hombre llega hasta el límite de la aberración con el máximo pecado que es el de idolatría, también es castigado con la máxima ceguera que es el embrutecimiento del corazón: «creyéndose sabios se embrutecieron».

Nos enseña también Pablo que el modo de adquisición de la verdad no es el de la filosofía por sí sola, si no va acompañada de la acción del Espíritu Santo, que enseña a descubrirla, a pe-

(66) Ef 1, 17-20.

(67) 2 Cor 12, 12; cfr. 13, 3-4.

(68) Heb 11, 1.

(69) 2 Cor 4, 7; 2 Tim 1, 13-14.

(70) Rom 8, 24-26.

(71) Jn 3, 19-20.

(72) Jn 7, 17.

netrar en el sentido del misterio de la cruz. Pues puede ser que el filósofo, el sabio según el mundo, esté soberbiamente satisfecho de sí mismo, y busque con ello la gloria del mundo: entonces no alcanzará la verdadera sabiduría de la Fe, que requiere humildad: «¿cómo podéis vosotros creer, recibiendo como recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?» (73).

A nuestro mundo enseñará Pablo que la verdad no es mudable como el mudadizo corazón humano: como era, así es y así será; porque viene de Dios, está radicada en El, inmutable.

Decía una vez un incrédulo que si supiese cuál es el camino de Damasco, se guardaría bien de ir por allá a pasear. La fe sincera de Mauricio Blondel le hizo revolverse contra esta actitud monstruosa: «Esto es todo lo contrario a la actitud verdaderamente atenta de tener probidad y animosa hacia su obligación. Esta disposición es de tal importancia que sin ella nada puede llevar al éxito; y con ella la verdad ya está anticipada, aunque fuese en la oscuridad más dolorosa» (74).

Pues en la aparente necedad y externa debilidad de la cruz, hay en realidad Sabiduría de Dios y Fortaleza de Dios: Jesús «el cual fue hecho por Dios para nosotros, Sabiduría, como también Justicia, Santificación y Redención» (75):

J. ROIG GIRONELLA, S. I.

San Cugat del Vallés.

(73) Jn 5, 44.

(74) BLONDEL, M.: *Plan de la Pensée*, inédito póstumo publicado en «Giornale di Metafisica» XIV (1959) n.º 3.

(75) 1 Cor 1, 30.